

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Director:

Lcdo. JAIME BARRERA B.



Jefe de intercambio universitario:

Sr. Dn. ALFREDO CHAVES

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Grandeza y miseria del periodismo (1)

Dice la Física que sólo mediante la luz se hacen visibles las cosas y los seres que nuestros ojos perciben en derredor. Dice también que la luz camina a razón de 300.000 kilómetros por segundo, y que la inmensidad del Universo es tal, que debe haber con certeza mundos desconocidos a los cuales todavía no llegan los rayos de luz que salieron de la tierra hace cuatro o cinco mil años. De manera pues, concluye la Física de fantasía, que llegando antes a esos mundos desconocidos, se podría esperar esa luz para descifrar en ella, paso a paso, toda la historia del mundo, desde su más remota antigüedad hasta nuestros días. Porque el mejor archivo que tiene la historia de la humanidad, está viajando por el espacio a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

Hagamos por un momento, con la imaginación, este viaje, superando aquella velocidad a pesar de Einstein, y cabalguemos sobre el rayo de luz de la historia para colocar un espejo receptor en la punta y entretenernos mirando los hechos que sucedieron hace muchos siglos. ¿Qué podríamos ver?

Supongamos haber cortado el caudal luminoso en el segmento que corresponde al siglo V o IV antes de la era cristiana. Tendríamos que acostumbrar los ojos para precisar las imágenes y poder diferenciarlas. Ya se han adaptado las pupilas. Ya el cerebro indica lo que se debe ver. Hemos

(1) Palabras leídas en el ciclo organizado por la Unión Nacional de Periodistas, el 23 de agosto de 1940.

enfocado un instante de la vida griega. Estamos en Atenas, la principal ciudad de Grecia.

La vida en Atenas era sencilla y complicada a la vez. Sencilla por las costumbres, complicada por la altura espiritual. Las casas eran bajas, de un solo piso, de aspecto pobre, cerradas. Por las calles sólo se veía pasar hombres pero ni una mujer. Las mujeres estaban encerradas en sus casas o en los gineceos y jamás acompañaban al hombre en los actos públicos.

Las calles presentaban mucha animación. Los hombres, vestidos de clámide y de toga, andaban presurosos, y todos se dirigían en la misma dirección. De vez en cuando cortaba la uniformidad del paisaje callejero un asno que cargaba cerámica de variada forma o una colombedea que batía las alas ruidosamente en busca del palomar cercano. El lugar a donde se dirigían los hombres esa mañana era el ágora. La plaza principal de Atenas, la plaza sagrada, en donde se resolvían en común los problemas nacionales.

Esta mañana habían los gerontes convocado a los hombres libres. Y en este momento se encontraban ya varios centenares en la plaza. En las vías de acceso estaban, en filas laterales, sentados, los cambistas, exhibiendo en un banco de madera sus monedas, sus dijes, sus piedras preciosas. Por allí merodeaban también los extranjeros y los esclavos, que no tenían entrada libre en el ágora.

La explanada del civismo griego estaba rodeada de templos, de edificios oficiales y adornada de fuentes y de monumentos y estatuas de héroes epónimos. A un lado se levantaba la *Tholus*, residencia del Pritáneo. Más allá, el edificio donde se reunía el Consejo de los Quinientos; el *Metroo*, pequeño templo de Cibeles; el templo de Apolo, el de Ares, el pórtico de Zeus. Todo esto dominado por la colina del Areópago y por los templos del Acrópolis.

Muchos grupos se habían formado entre los ciudadanos atenienses. De vez en cuando cruzaba, impulsado por su juventud, algún efebo que había cumplido los dieciocho años y que lucía alborozado la túnica viril recién autorizada.

Apoyadas en una columna, ocho o diez personas discutían y razonaban a compás de las preguntas de un anciano respetable. Era Sócrates en uno de los frecuentes diálogos con que dió buena cuenta de los sofistas. Entre los discípulos estaba Platón, fácilmente reconocible por su impresionante

seriedad y por la armoniosa amplitud de su frente. La conversación de este grupo era sabia y trascendental; allí se dilucidaban problemas del espíritu y de la naturaleza. Sócrates resplandecía de alegría: eran inteligentes los hombres que le rodeaban y había facilidad para comprender sus tesis.

Más allá, junto a una fuente, varias personas comentaban y discutían la última tragedia de Sófocles representada hace días en la escena del Teatro de Dionisos. En otro grupo se hablaba sobre el poder naval de Atenas, sobre la frecuencia de barcos comerciales que de todas partes del mundo llegaban hasta el puerto del Píreo. Más lejos, un corro de personas rodeaba a un recién llegado que traía noticias: Siracusa se ha declarado contra Esparta y la flota ateniense se ha hecho a la mar para ayudar a la ciudad siciliana.

Un grupo numeroso de hombres jóvenes y viejos, al rededor del pedestal de mármol sobre el que se levantaba una escultura de Scopas, comentaba y hacía vaticinios sobre la próxima reunión de los pueblos en Olimpia. (Mucha esperanza había en un joven discóbolo que en esos días servía de modelo al escultor Mirón: se preparaba en el gimnasio y todos estaban de acuerdo en que sería un serio candidato al laurel de la victoria). Brillaban los ojos de los jóvenes al saber la noticia y sonreían complacidos los ancianos.

Había un rumor continuado en el ágora. Todos hablaban, todos discutían, todos comentaban. La filosofía, las finanzas, la política, la guerra y la paz, las artes, el presente y el porvenir, lo humano y lo divino, de todo se hablaba allí. En aquellos grupos se podía aprender algo. Se podían saber noticias recientes y enseñanzas de los filósofos y de los sabios. Pero también se encontraban allí, mezclados con la demás gente, el charlatán, el sofista, el hombre que busca oportunidades y que quiere alcanzar fácilmente el éxito.

De todo había en el ágora, y de todo se hablaba en ella. Era el centro vital de la ciudad. Era la representación de la democracia griega.



La evocación ha terminado y se ha apagado el rayo de luz que iluminó la escena. Estamos de nuevo en nuestro tiempo. Estamos en el año 1940, en América, contemplando aterrados el incendio de Europa. Y aquí, en esta sala, so-

mos una pequeña legión de periodistas que trabaja los días y las noches para hacer salir a las calles un periódico.

Ya no tenemos, como en los tiempos de la armoniosa Grecia, el ágora en que se hablaba de todo. Pero no, reflexionemos: ¿de verdad no tenemos el ágora?

Ese lugar de primera importancia en la vida griega, en donde se oía hablar de mil cosas, en donde se aprendían muchos conocimientos, ese lugar en que se levantaba fugaz una voz que se perdía después de pocos segundos, ese lugar obligado de todos los días, también existe ahora entre nosotros. Ya no es un sitio, una plaza, un recinto de ciudad. Ahora es una hoja de papel, una hoja que sale todos los días y que marcha rápida al encuentro del ciudadano, para ponerle al tanto de lo que ha sucedido, para guiar su opinión sobre las cosas, para avisarle el estado de las finanzas, de la política, de los deportes, de las artes. El ágora moderna es el periódico. Y es también, como la antigua, esencialmente democrática. En ambos —ágora y periódico— no tiene privilegios la jerarquía de la sangre. En ambos —periódico y ágora— se encuentran presentes el ciudadano útil, el filósofo sincero, el narrador ameno, el trabajador incansable.

El periódico es el árbol gigante de la edad moderna. Es un árbol con raíces que abrazan a todo el mundo. El periódico en general, y el periódico en que trabajamos. Tiene raíces como tentáculos. Una de ellas está en los bosques escandinavos o canadienses, en los que miles de personas trabajan todos los días, extrayendo cortezas de árboles, preparando pulpa de madera, para obtener, después de una lenta y complicada elaboración, el papel, el milagroso papel que permitirá escribir e imprimir. Cuando las reservas de bosques de los países productores se acaben, los periódicos de todo el mundo comenzarán a agonizar, si es que antes no se ha encontrado un sustituto al papel. Otra raíz está dirigida hacia las minas de hierro y carbón de Europa, de África, de América. En los altos hornos se prepara, con una decoración de infierno, el acero que va a servir a los fabricantes de máquinas para hacer tipos, para hacer rodillos, para hacer prensas, linotipos, rotativas. Infinidad de metales consume la labor de un periódico: plomo, zinc, hierro, cobre, acero. Es el material duro del edificio. Las fábricas de productos químicos hacen por su parte, cantidades enormes de tintas, y las fábricas de cartón manufacturan remesas de matrices.

Luego, los cables submarinos tendidos entre continentes, los hilos telegráficos que unen las poblaciones, las ondas de radio que vienen del infinito, todos trabajan incansablemente para el periódico, todo ello converge hacia un edificio urbano, cuya apariencia externa es tranquila y corriente.

Infinidad de hombres recorren la ciudad, buscando noticias, anotando el choque de un automóvil o la llegada de un aeroplano, escuchando las frases decisivas de un ministro o registrando en su cuaderno los pensamientos de un conferencista. Infinidad de hombres hacen el mismo trabajo en provincias, en las aldeas, en los balnearios, en los campamentos y en las montañas. Esas notas, esos registros, esas indiscreciones llegan también, por diversas vías, al edificio de la ciudad.

Minas, bosques, fábricas, estaciones trasmisoras, hombres, ferrocarriles, barcos, aeroplanos, todos trabajan noche y día para producir y transportar papel, carbón, hierro, acero, zinc, noticias, tinta, máquinas, cartón, plomo, vidrios, lentes, lámparas y mil cosas más. ¿Para qué? Para el periódico, para este monstruo que traga cantidades fabulosas de todos aquellos materiales. Para este monstruo que, recortado y doblado, se presenta todas las mañanas al lector que lo lee cómodamente en su cama o mientras toma el desayuno.

Este es el aspecto objetivo del periódico. El aspecto material, podríamos decir. Pero hay otro aspecto. El subjetivo, aquello que se llama periodismo y que está realizado por periodistas.

Los periodistas son «como los perros pequeños que en cuanto se mueve algo lanzan un ladrido. De aquí que uno tenga que ajustar su atención a sus trompetas de alarma, para que no estropeen la digestión de nadie, y sobre todo debe saberse que el periódico es un cristal de aumento, y esto en el mejor de los casos, pues muy a menudo es un simple juego de sombras en la pared».

Esto es, como podemos verlo, un insulto. Un verdadero insulto al periodismo y a los periodistas. Algo injustificable de todo punto ¿verdad?

Pues bien, lo lanza uno de los espíritus mejor dotados de la época actual. Nada menos que el ilustre filósofo alemán Schopenhauer, que en alguno de sus ensayos juega con la palabra afrancesada *journalisten*, a la que compara con la auténticamente alemana de *Tagelöhner* que significa jornalero.

La fobia del filósofo contra el periodismo no tiene límites, a pesar de que casi todos sus ensayos no son sino excelentes muestras del periodismo a la inglesa, ensayos precisos y oportunos.

Más allá encontramos uno de los libros que mayor resonancia ha tenido en el pensamiento de los hombres de hoy. Aquella «Decadencia de Occidente» de Oswald Spengler, especie de biblia o de sagrada escritura para más de una generación. En ese libro, que hace el análisis de la historia para encontrar una repetición de ciclos de cultura, que llega a la desconsoladora conclusión de que el Occidente europeo —Alemania inclusive— ha entrado en una etapa de disgregación que conduce a la decadencia definitiva, igual a la que sufrieron en su tiempo Grecia, Roma, España y Francia, en ese libro se encuentra también sitio para hacer ataques al periodismo.

Uno de los signos más evidentes de la decadencia del mundo actual, dice Spengler, es el periodismo. Las ideas ya no tienen la altura de las épocas máximas, las obras no tienen la serenidad de la perfección. Todo lo actual está contaminado de superficialidad, de precipitación, de ligereza. Es decir, que todo lo actual tiene un sello de periodismo. Desde la novela de Zola hasta el drama de Ibsen. «Todo el socialismo, en su más amplio sentido, desde los escritos de Schopenhauer, hasta los ensayos de Shaw, sin exceptuar a Nietzsche, es periodismo por su forma y su propósito —dice Spengler—. Lo es toda la dramática social, a que Schiller dió vida con su pasión ética; las populares ciencias de la naturaleza con sus segundas intenciones ético sociales, proyectadas sobre el mundo animal; lo que queda de cristianismo protestante, que se va transformando rápidamente en sentimientos humanos. El poeta se hace periodista, el sacerdote se hace periodista, el docto se hace periodista».

Este periodismo universal es el mejor síntoma para Spengler del ocaso de la civilización occidental que está completando su ciclo fatal y que está acercándose a su hora de muerte.

Pero, si analizamos detenidamente, los escritos de Schopenhauer y el libro de Spengler, los *Paralipómenos* y la *Decadencia*, no son sino tipos de una cierta forma de periodismo, por su interés, por su levedad, por su facilidad, por la dimensión de sus capítulos.

Por otra parte, no son ellos los únicos que han roto lanzas contra el periodismo. Esta tarea es hoy casi tan natural como la que tenía en tiempos atrás la sociedad para denigrar a los artistas de teatro, por ejemplo, y más atrás todavía, para menospreciar la profesión del maestro. La de médico fué en un tiempo ocupación indigna, y la de abogado o rábula mucho más. Aún en el Siglo de Oro español los escritores necesitaban poner en el pórtico de sus obras dedicatorias que escandalizan hoy por su servilismo y por su humildad.

Siempre ha habido alguna arte o profesión del espíritu que han menospreciado los hombres. Siempre ha sido el hombre de letras un factor de poco valor en el conjunto social de su época. Y siempre ha sido orgullo del magnate —por nobleza o por riqueza— el no saber escribir y el apoyar generosamente, como por limosna, al poeta o al novelista.

Hoy le toca el turno en la desgracia, al periodismo y a los periodistas. La acusación más grande que se hace al periodismo, lo hemos visto, es la de haber generalizado su técnica y el haber impuesto su espíritu al más grande número. Técnica y espíritu que desconciertan y que despiertan recelos.

Esta universalización del periodismo es, por el contrario, lo que mejor revela su fuerza y su oportunidad en el espacio. Es el ágora griega, hemos dicho, pero con técnica y espíritu actual. Y si la influencia del periodismo es tan grande como para haber hecho del filósofo y del poeta, del sabio y del sacerdote, periodistas en la mejor acepción de la palabra, eso indica sencillamente que el periodismo ha modelado el mundo a su imagen y semejanza. Es una institución que está en la cima, sí, pero no como síntoma patológico, sino como símbolo del tiempo.

Ya no es posible ahora la maravilla ciudadana del ágora griega. Ni es posible tampoco el cartel mural, ni el bando con trompetas y tambores para dar cuenta a los ciudadanos de lo que sucede. Ya los hombres no viven encerrados dentro de los límites del imperio o de la colonia, dejando a los monarcas o a los favoritos la tarea de informarse y de saber por todos.

Hoy se han reducido las dimensiones del mundo porque se han medido las velocidades cósmicas. Hoy la humanidad

ha pasado del número mil al número millón. Hoy los espíritus se han independizado y cada cerebro ha formado su propio imperio y ha adquirido sus propias colonias. Cada uno es un soberano, como en la vieja contestación foral castellana al Rey: Nosotros, que cada uno es igual que Vos y todos más que Vos.

Cuatro días tarda un aeroplano entre Europa y América. Seis días se demora un hidroavión entre América y Asia. La radio nos permite oír, sin movernos del hogar, el ritmo de vida que palpita en ese mismo momento en Londres, en París o en Moscú. Las ciudades cuentan por millones sus habitantes. Y en cada minuto sucede multitud de cosas; en cada minuto un sabio, un poeta, un filósofo, un político, infinidad de personas han hecho algo memorable, algo discutible, algo interesante.

El hombre de hoy se encontraría desarmado, en situación de náufrago, en medio de esta ebullición vital que tiene más de caos primario que de confusión final. Se encontraría en situación de náufrago si no fuera por el periódico. Por aquellas hojas de papel que llegan todos los días, puntualmente, muy por la mañana, a informar al empleado público, al hombre de negocios, al sabio y al ignorante, a la mujer y al niño, todo lo que ha ocurrido el día anterior en su vecindad, es decir, en el mundo entero. A todos informa y a todos tiene algo que enseñar. Al político le da cuenta del pensamiento del político, a la mujer le habla de modas y de recetas de cocina y al niño le narra cuentos. Al poeta le da versos y al deportista le habla de deportes; al estudiante aconseja y a las autoridades censura las faltas. A todos da cuenta de lo que ha sucedido en la ciudad, en las provincias y en los continentes de la tierra. Es, como ya lo dijimos, una planta gigante que recoge su savia en todos los terrenos. Una concepción fantástica que llenaría de admiración al hombre de la Grecia admirable.

El periódico actual es algo tan grande, supone una tal cantidad de esfuerzos acumulados y ordenados, que hace decir a Araquistáin: «Una pirámide egipcia, una catedral gótica, cualquier monumento de la antigüedad, comparado con el trabajo humano que absorbe la Prensa, parece hazaña de niño». El recuento que hicimos al principio de los bosques escandinavos, de las minas de África, de las fábricas alemanas y norteamericanas, de los laboratorios, de las líneas

de transporte, las agencias noticiosas, las fundiciones de acero, nos hace comprender la afirmación del publicista español. Los acontecimientos y el pensamiento, la historia, y la geografía, el pasado, el presente y el porvenir, el individuo y la sociedad, todos son parte del esfuerzo que se necesita para producir un periódico.

Legiones de hombres andan por el país y por el exterior registrando los acontecimientos diarios. Escritores escudriñan la maraña política para tratar de encontrar la razón de una maniobra o las consecuencias de una situación; filósofos estudian para hallar el significado oculto de las cosas; economistas proponen soluciones u observan medidas adoptadas; juristas aclaran conflictos; moralistas dan lecciones; artistas embellecen la página e ilustran la noticia. Todo ello en un día, en cada día, en todos los días. Veinticuatro horas de trabajo intenso, en que todo el mundo ha sido recogido en cuartillas de papel sobre la mesa de redacción para ser preparado, distribuido, ordenado, clasificado, dosificado y servido al hombre que, pasivamente, indiferentemente mejor, mete mano al bolsillo de su chaleco para extraer la moneda y comprar así el periódico, mientras camina a su oficina por la mañana.

Magnífico esfuerzo este del periódico, que utiliza toda la humanidad para toda la humanidad, que juega con las ideas y con la realidad, en un juego que tiene mucho de epopeya y mucho de drama.

Esfuerzo de titanes, forma múltiple de ágora griega, esta institución exclusiva de nuestro tiempo, tiene también una función capital en la vida moderna. El periódico es una verdadera universidad, una escuela universal, que comprende todas las etapas sociales de la educación y que es más eficaz que cualquiera de estas etapas.

La prensa tiene, antes que una finalidad de lucro, una finalidad de pedagogía. Mientras informa de hechos, mientras expone comentarios, mientras hace crítica, realiza una labor pedagógica. Por eso tiene la obligación de adoptar puntos de vista altos y nobles. Para no traicionar o desviar el pensamiento de ese público al que está destinado a enseñar. Tiene además la obligación de defender la democracia y la libertad, porque de esos dos conceptos ha nacido y porque ellos forman la médula de su ser. Una labor contraria sería una labor suicida, antiperiodística. Una Prensa

clandestina, secreta, jerárquica o amordazada, apenas puede llamarse tal, y eso piden en realidad, los periodistas que atacan la libertad y la democracia.

La Prensa, el periódico es esto. Pero ¿y el periodista? El periodista es el servidor del monstruo. Es el alimento de la planta gigante. Es el hombre «del cerebro de oro» que dá cada día una parte de su riqueza a esa planta. Es la rueda sensible y delicada de la maquinaria. Es el hombre que recorre las calles, las oficinas, los teatros los hospitales, y que regresa por la noche a dejar al jefe de redacción una colección heterogénea de noticias. Es el hombre que revisa los boletines del exterior y que se traslada a los lugares más distantes —la Dobrudja o Manchukuo— para hacer el comentario de política internacional. Es el hombre que escribe para esclarecer asuntos de vida nacional. Es el que de la noticia baladí hace el artículo interesante y el que comenta o censura. Es, en una palabra, el hombre que todos los días se despoja de una parte de su vida, para ponerla en las páginas del periódico. En una labor incansable pero anónima. En una labor seductora pero sin brillo duradero. Ya hemos oído aquí, delante de este mismo grupo de periodistas, hace algunas semanas, la verdad dolorosa: el periódico de la víspera es un pedazo de papel sin valor alguno.

Esta la grandeza y ésta la miseria del periodismo.

JAIME BARRERA B.